

## Más infantilistas que nunca

Pasaron tantas cosas desde el último número que deberíamos aprovechar esta presentación para posar de vanguardistas y afirmar que funcionamos a contrapelo de todas las publicaciones periódicas y sus detestables regularidades, que no nos simpatizan las rutinas, las imposiciones ni las obligaciones; que aborrecemos a los jefes, a los editores fastidiosos; y que detestamos oír hablar de los plazos de entrega y que trabajamos bajo el influjo soberano de nuestro deseo.

Todo es verdad, claro. Pero estaríamos ocultando que, en rigor, ALTER n.º 13 demoró más de un lustro en salir por la inoperancia profesional que profesa su staff.

El resto mínimo de las razones que explican esta edición diferida son simples. Nos alegra el encuentro y la producción colectiva de todo lo que está a nuestro alcance, y vamos a insistir en hacerlo con la ansiedad necesaria, la tenacidad precisa y la urgencia que ello requiera. En ese sentido, ALTER simboliza la ética de quienes la empujan a esta existencia de papel.

En su décimotercer nacimiento, volvió ALTER: la única revista lenta de este país. Y llega desbordada. Bajo la dirección autocrática de Liliana Barbutta, ALTER 13 incluye la presencia fantasmal de su número precedente, que nunca salió a la luz.

La historia de la infancia es la historia de su control, dicen por ahí. Y eso, en rigor, es una verdad a medias. Porque referirse a la historia del ejercicio de un poder es también

referirse a cómo este ha sido combatido. Habrá que añadir entonces, que la historia de la infancia es también la historia de sus prácticas de resistencia. Tal conclusión (nada original y absolutamente precipitada) nos sirvió de excusa para resolver este número. El pretexto para hacer lo que haríamos de todas formas: hablar de los niños.

Queremos homenajear el costado infantil que más nos interesa. El que remite al presente y al devenir. Los niños y niñas como única línea de fuga a la normalización y la repetición. Esa cualidad que por momentos los vuelve (y nos tienta afirmarlos) el único sujeto de cambio visible a miles de leguas a la redonda. Para la mente obtusa de los redactores de ALTER, en eso consiste la axiomática de la infancia: fabricar el presente, con las herramientas al alcance y la intensidad de los primeros descubrimientos.

Los niños, mal que nos pese, no son el futuro, ni el mañana, ni el sujeto de los delirios ajenos. La urgencia de lo actual es su único estatuto. Por eso, siempre estarán en posición de resistencia y de cambio. Se volverán adultos y habrá otros niños en su lugar, inquietos, descubridores, llameantes. Habrán muerto de viejos, y los hijos de sus hijos vendrán a escupir el banquete, a mear la alfombra del mundo que se les impone. Nacerán otros después de ellos. Y otros más cuando estos últimos peinen canas, y otros luego; de modo que nunca quede sitio vacante en la trinchera.

Los habrá corpulentos, vivaces, de mejillas sanguíneas; los habrá raquíticos, dolientes de un hambre ancestral, huesudos. Estarán los audaces, despiertos como el ojo de un lince, y los ciegos de nacimiento, los incapaces. Exhibirán algunos sus formas desmesuradas, sus fealdades. Y otros un encanto punzante que acallará a las hordas. Todos resistirán por igual.

Y un ejército pertrechado de guarderías, centros comerciales, pastillas y más artillería pesada estará siempre dispuesto a aplacar la sublevación. En tanto, cometerán los sublevados toda clase de actos crueles. Y toda clase de actos infinitamente nobles también. Atestarán un sinfín de palos en las ruedas de la vida cotidiana y patearán mil tableros antes de convertirse en peones o reyes, e ir a ocupar finalmente su lugar en la cuadrícula, su puesto en la gran máquina. A su pesar, sobrevivirá la infancia. Resistiendo y produciendo la vida a cada instante, descubriendo todo por primera vez. Porque de eso siempre se ha tratado; su historia, de un modo u otro, será también la nuestra.

Esta es la verdadera «enfermedad infantil» a la que algunos tanto temen. La misma que ALTER (más infantilista que nunca) se ha propuesto reivindicar esta vez, en su número de la mala suerte. Será esta edición, quizás, motivada por la constatación de que todo se desmorona a nuestro alrededor, y por el deseo ingenuo de ver en los niños el nuevo sujeto de la transformación, el único que queda. O será tal vez, y a sabiendas, una idealización desembozada de la niñez. O quizás simplemente un intento de mirar, de frente, a la parte más sensible de nuestro pobre mundo. Seguramente, es todo eso a la vez. Como

escribió el poeta, iremos al encuentro de la inocencia, esta, y las veces que sea necesario.

A fin de cuentas (con la certeza de que el destino de las infancias no es asunto de los que aspiran a enseñar y proliferar las miserias del presente, ni de los frustrados que desean inocular en sus hijos la sustancia del mundo que vendrá) habrá que concluir que a los niños hay que dejarlos en paz. Porque la infancia es libertaria. Su indocilidad, su genio creativo ante los controles que pretenden amoldarla, remite a una trama sin desenlace, a una tensión sostenida. A una lucha permanente sin tierras prometidas ni logros definitivos más allá de la producción de la vida autónoma un día sí y el otro también. Una dialéctica sin superación que solo concluirá junto con el mundo. Y que lo nuevo venga por añadidura.

Por el infantilismo y por el desborde.

Para que el viejo deseo del descubrimiento y de la creación deje de bostezar a nuestro alrededor.

Que así sea.

